

BUEN HUMOR



INSPIRACIÓN

Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

- ¿Cómo te las arreglas para hacer unos chistes tan graciosos?
— Viniendo a este banco que tiene muy buena sombra.

CONCURSOS DE "BUEN HUMOR"

BUEN HUMOR, que es hoy la primera revista satírica de España, perseverando en su deseo de no limitar sus columnas a los literatos y dibujantes de prestigio cuyas firmas avaloran los números publicados, con objeto de abrir sus páginas a toda nueva colaboración, organiza este Concurso de

CUENTOS HUMORÍSTICOS

con arreglo a las siguientes

BASES

a) El plazo de admisión de los trabajos terminará el día 15 de noviembre de 1922, a las seis de la tarde.

b) Los originales tendrán, aproximadamente, una extensión

de seis cuartillas de tamaño corriente, escritas a máquina por una sola cara.

c) Los originales irán encabezados con un seudónimo o lema, y se acompañarán de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

d) Un Jurado competente, cuyos nombres se harán públicos oportunamente, concederá un premio de

200 PESETAS

al mejor *cuento humorístico*.

Además, propondrá a la Dirección de BUEN HUMOR la adquisición de los originales que lo merezcan, conviniendo con el autor las condiciones.

e) Los autores que no deseen aspirar más que al premio *único*, deberán hacerlo constar al pie del

lema y al frente del sobre adjunto. El original que no lleve indicación alguna se supone conforme con las condiciones que el segundo párrafo de la base *d* establece.

f) El *cuento humorístico* premiado y los adquiridos se publicarán en nuestra plana central, ilustrados por notables dibujantes.

g) Los originales no premiados deberán ser recogidos de la Redacción de BUEN HUMOR, a partir del día siguiente a la publicación del fallo del Jurado en esta revista y dentro de lo que reste del año 1922. Pasado este tiempo, la Empresa no responde de dichos originales.

h) El fallo del Jurado será inapelable, y el mero hecho de concurrir supone en los concursantes su conformidad con las anteriores bases.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— Ya sé que te han echado del Banco porque te gusta el juego; pero eso no es motivo para que dejes a los amigos. ¿Por qué no fuiste ayer a las siete y media al café?

— Por lo mismo. Porque estaba jugando a las siete y media.

P. P. T. — Sevilla.

De orden canino.

— Cuidado con ese perro, que es policía.

— No es policía; es ladrón.

— ¿En qué lo conoces?

— En lo mucho que ladra...

BRAULIO. — Zamora.

— ¿En qué se parece lo que hay que decir a una mujer que tenga las piernas

mal formadas y lleve la falda corta a un comerciante?

— En que el comerciante baja la tela, y a la mujer debe decirse: bajatela.

— ¡Guardias!... ¡Serenoll...

M.º CHALES.

— ¿Cuándo están las personas más sosas?

— Cuando van corriendo, porque se dice que van desaladas...

CELIA MEDINA. — Madrid.

— ¿En qué se parece un monosabio a un jugador tramposo?

— En que ambos tratan de levantar muertos...

JOSÉ SÁNCHEZ LÓPEZ. — Albacete.

En el Ayuntamiento comprueban una cédula.

GUARDIA. — ¿Cómo se llama usted?

PAISANO. — Francisco Manzano, pa servi a osté.

GUARDIA. — ¡Vaya gracia que tiene esto! ¡Ja, ja, ja!...

PAISANO. — ¿De qué se ríe osté, amigo?

GUARDIA. — De na... ¡Ja, ja, ja!... ¡Que han puesto aquí Francisco Ciruelo. ¡Ja, ja, ja!...

PAISANO. — ¡Ay, mi madre, que m'han injertao la cédula!...

LARÁN. — Madrid.

— ¿Cuál es el objeto que hay en las cocinas que más se parece al A B C?

— El A C y T...

VICENTE MIRÓ Y CALAS.

El premio del número anterior ha correspondido a **P. P. T., de Sevilla.**

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

B A S E S para nuestro concurso de octubre.

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el primer sorteo del próximo diciembre.

2.º **Medio billete de lotería** para el mismo sorteo que el anterior.

3.º Suscripción gratis por un semestre a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes remitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

Tercera. Todas las soluciones habrán de remitirnos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de noviembre, haciendo el envío a la mano a nuestra Redacción, o por correo, precisamente a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los premios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de octubre, insertos en esta

página. A los suscriptores de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 19 de noviembre se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

Sexta. Los premios deben recogerse en nuestra Administración cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde, previa la presentación de un recibo extendido con la misma letra que se haya empleado al escribir las soluciones enviadas.

7



1881

: Corteza medicinal

"ALFONSO XIII"

8



500 Señora de Narciso

Como el problema de las viviendas tardará todavía un rato en resolverse, caso de que este problema pueda tener solución, ofrecemos en esta plana a nuestros queridos «pierdetiem-pistas» seis jeroglíficos referentes a LOCALES DESALQUILADOS

9 CARPA
BESUGO
MERLUZA

W.C.




EL DEL LÁPIZ ROJO

11 CH I

TERESA
DE
JESÚS

S T

¡SUBE y BAJA
NAIPE
HIPOTECARIO

12

MARZO
21
LUNES



CAJA DE GALICIA

CUPÓN
correspondiente al número 45
de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita para
el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea.

10 DESCUBRIDOR... EMBUSTERO
ASTU NOIA EN CIA

INCÓGNITA



Este tiene música y todo...; pero hay que cambiarle una letra.

CUPÓN NÚM. 2
que deberá acompañar a toda
solución que se nos remita con
destino a nuestro CONCUR-
SO DE PASATIEMPOS del
mes de octubre.



Hasta los más tontos
Saben que el
JABÓN HENO DE PRAVIA
es el más suave y aromático del mundo.

PASTILLA 1.50

PERFUMERIA GAL - MADRID

LOS ALPES DE AL LADO



Yo soy un hombre sincero, y no tengo valor para engañar a ustedes. Lo cuento, y lo refiero, y lo detallo, y táchenme de lo que gusten los que gusten. Porque los están embaucando, ladinamente embaucando.

Cuando oigan hablar de que su salud de ustedes vacila, de que hay un pulmón que se les apolilla, o de que alguna coyuntura se les ha oxidado, aprovechen mi experiencia, una experiencia formada, como los conclaves, por muchos cardenales, y que se atreve a decirles: «¡No *hagan* deporte, amigos! ¡Precavense contra el *sport*!»

No sé si me impulsa a esto una de las obras de misericordia, una virtud teologal o un vil espíritu de venganza.

Cierto día oí decir que cerca de Madrid, en el Guadarrama, había nieve, y que se patinaba deliciosamente. Yo siempre he sido aficionado a las superficies blancas, y siempre me ha agradado que la espina dorsal me vibrara ante las impresiones agradables. Era, pues, sujeto apropiado para la catequización, y de allí a poco, no sin haber vuelto a oír infinidad de veces que la sierra vecina era una Capua para eso de los placeres, me dejé llevar a ella por cierto amigo, hombre ducho en esto de buscar adeptos para la gran causa del deporte, y del que luego supe que había sido procesado por buscar también creyentes, de mala manera, para el budismo.

De Madrid a Cercedilla fué bien la cosa, pese al horrible madrugón de aquel domingo y de la agria disputa que mantuve con mi camarada, que se empeñó en que tomásemos billetes de tercera clase. Le traté de convencer de la inflexibilidad de ciertos asientos, de que él y yo poseíamos una desahogada situación económica, y de que estaba dispuesto hasta a convidarle con tal de viajar en mullido. Mi amigo me replicaba indignado, con

una repulsión sincera y dos razones muy parecidas: «¡No, no es deportivo!» y «¡Eso no es *hacer sport*!»

Confieso que ni separadas ni juntas me llegaron a convencer; pero cedi su gestionado, y porque el amigo no se daba a partido.

Al salir de la estación de Cercedilla vimos un grupo de caballitos serranos con más hechuras de tener el esqueleto de espigas que de huesos, pero de un positivo valor ante una cuesta considerable que se nos ofrecía a la vista, y que tenía todo el aire de estar destinada a nuestro propio uso. Fué entonces — cuando prudentemente hice ver el acierto de alquilar caballos al pie de las cuestas, en lugar de en las cumbres — cuando mi amigo ardió en nueva cólera deportiva y me repitió despectivamente: «¡Eso no es *sport*!»

No estaba la Magdalena para tafetanes, ni el horno para bollos, haciendo mi camarada en la metáfora el papel de Magdalena y el de horno, respectivamente, ni yo me proponía hacer cuestión de gabinete mi opinión, y emprendimos nuestro camino, no por deportivo menos empinado.

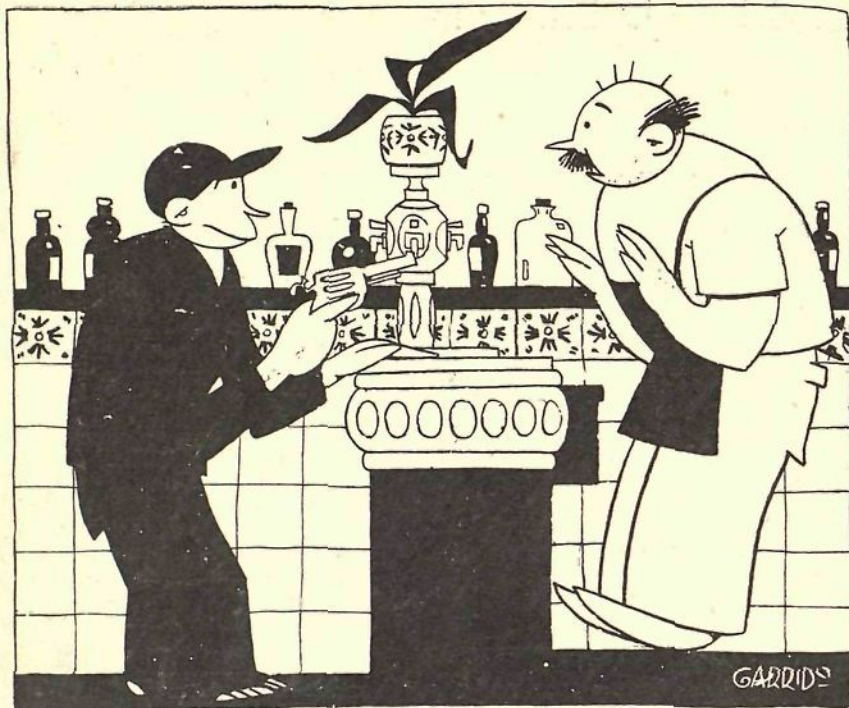
Confesaré a ustedes que estábamos ya en pleno atajo, en el serpenteante y riscooso atajo que tiene su término ante el *chalet* del Club guadarramesco — nombre digno de toda loa —, y a cuyo Club llegamos íntegros, pese a las apariencias y a un pequeño detalle que he omitido por modestia, y que con mucho gusto voy a referirles ahora.

Se trataba de un morralito que, para *cumplir*, me había visto obligado a colgar de mis espaldas, y el que, pese a su considerable volumen, parecía que se aligeraba al contemplar los que soportaban los guadarramistas de cepa. Luego pude comprobar que aquellos señores se cargaban sobre el dorso nada más que provisiones de boca para una semana, incluyendo a un par de invitados; la ropa blanca y de color necesaria para mantener el necesario aseo; una cocinilla de alcohol; otra de no sé qué, por si no funcionaba la de alcohol; un termo con café, otro con leche, otro con sopas de ajo, otro con agua templada y otro con agua más caliente, para afeitarse; varias novelas, y tres tomos del *Espasa* para consulta. Esto como cosas de relieve, y una infinidad de detallitos que dicen muy alto de la previsión humana o, por lo menos, de la previsión de los que van al Guadarrama. Ellos eran una vajilla completísima, un par de altos bastones, tornillos de todas dimensiones, yesca, astillas, cuerdas y correas, y las herramientas precisas para desempeñar con comodidad los oficios de cerrajero, carpintero y médico.

Mi noble aspiración de aumentar el apetito — *vorácibus crescendo* — fracasó con estruendo en aquella ocasión, porque se unió al cansancio



Dib. SILENO. — Madrid.



— ¿Qué va usted a tomar?
— ¡El cajón de los cuartos!

Dib. GARRIDO. — Madrid.

la premura para comer y emprender de nuevo la marcha, lo que hicimos con el último bocado en la boca (!) y un par de skis en los hombros (!!).

Confieso que los skis se captaron toda mi simpatía en el primer momento. Tienen una curva graciosa y una punta lógica e insinuante; pero, sobre todo, revelan un propósito de ahorrarle a uno pasos innecesarios, deslizándole con una suavidad todo lo escandinava que se quiera, pero muy laudable.

Los no iniciados se sorprenderán de haber leído que nos pusiéramos los skis sobre los hombros, ya que no parece ser su lugar adecuado; pero bueno será aclarar que la nieve no se encuentra a la misma puerta del Club, y que como, naturalmente, la montaña no viene a uno, hay que ir a la montaña, lo que hicimos al pie de la letra, y, por supuesto, siempre subiendo cuesta.

Aquel día fué sólo muy cerca del puerto de Guadarrama — del propio y salino puerto — cuando nos pudimos poner los skis.

Esto complicó aún más mi existencia, porque si malo es subir sin nada en las piernas, peor es hacerlo cuando le ponen a uno en los pies unas rémoras de dos metros de largas que se tercian y enredan, y que resbalan tres pasos para atrás por cada medio que se avanza.

Pero llegamos al puerto...; ¡ahora, que no quieran ustedes saber cómo!

El «noble sport» clamaba por boca

de mi amigo una ampliacioncita de la excursión; pero yo debía ya de tener un colorido etiópico que le indujo a aceptar un descanso y volver grupas. Entonces mis esperanzas recibieron un golpe casi tan rudo como los que en la subida habían sufrido mis nalgas. Nuestros patines maldito si resbalaban. Yo reclama-

maba a grandes voces la presencia de un noruego que me explicase lo que se hace en Mosjøen para deslizarse; pero si había alguno, se hizo el sueco, y tuve que contentarme con las explicaciones de un técnico de Carabanchel que intentaba patinar por allí, y que me afirmó que la nieve no estaba en condiciones. De modo que para ascender resbalaba con exceso; pero para bajar le faltaban detalles. Por confidencias me he enterado después que, de cada cien días, pasa eso un centenar de veces. De todas, todas, como dicen los donostiarras.

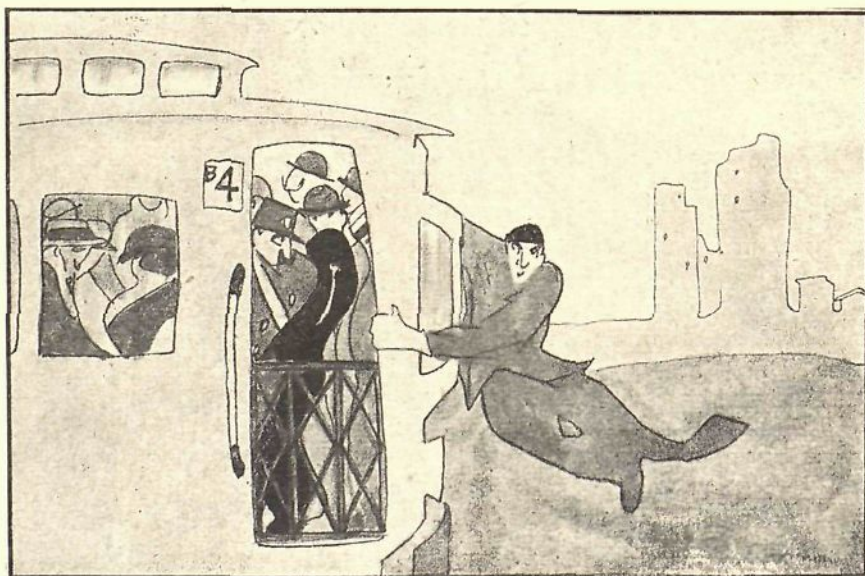
Un poco desalentado ya, me preguntaba que dónde se encontrarían las satisfacciones que habíamos ido a buscar. Sólo hallaba algo que se pareciese a una respuesta en cada golpe que me daba. Me levantaba renqueando, y con una mirada hacia mi amigo, que era un poema y un canto a la Naturaleza y al oxígeno puro, murmuraba: «¡Esto sí que debe de ser sport!»

Cuando llegamos al Club, y bajamos el atajo, y nos metimos en el *capitonné* de tercera — admirable reproducción de las sardinas en aceite, en la que no faltaba ni el aceite —, debíamos de tener el gran aspecto deportivo; pero para llegar a nuestras casas tuvimos que ir desde la estación en polleras, porque no nos sosteníamos derechos ni entablillados...

¡Ah! De resultas de la excursión, aparte de unas agujetas dignas de suabasta, agarré un catarro gripal, en cuya convalecencia he tenido mucho gusto en escribirles a ustedes estos renglones, que encierran un poco de experiencia.

Pero sport, ¡fué mucho sport el que hicimos aquel día!

U. MORCILLO



— ¡Caballero, no se puede ir ahí!
— ¡Eso digo yo!... ¡Ni sé cómo voy!...

Dib. MAS. — Madrid.

CUATRO CHIRIGOTAS



A cosa ocurrió, según nos han referido, en el Gran Casino de la capital donostiarra, y tuvo por lugar de acción uno de los *salones privados*, nombre con que disfrazan la sala donde se divierte la gente tirándole de la oreja al popularísimo Jorge.

Un amigo nuestro la llama la peluquería, porque, según él, a todo el que entra le pelan.

Podría denominarse también la polle-
ría, porque le despluman a uno; pero dejemos atrás cuestión de nomenclatura, y vamos al grano.

Un día entró en la *sala privada* un buen hombre, que tenía gana de jugarse unas pesetas; pero nuestro héroe desconocía en absoluto el treinta y cuarenta.

Tomó asiento a una de las mesas, y echó un billete de veinticinco pesetas adonde le pareció oportuno.

— ¡Encarnado gana y color! — dijo a poco el empleado; y el flamante jugador vió cómo la raqueta recogía su pequeño *pápiro*.

Nuevamente echó un billete, sin saber, claro, a qué jugaba, y otra vez le vió desaparecer arrastrado por la raqueta, luego de gritar el *croupier*:

— ¡Encarnado pierde y color!

Veintitantas veces repitió el punto novel su jugada, y otras tantas se *difuminó* su billetito, después de oír el monótono: «¡Encarnado gana y color!», o «¡Encarnado pierde y color!»

Al perder el último céntimo, levántose violentamente el desafortunado e ignorante jugador, y dirigiéndose a los empleados exclamó en forma descompuesta:

— ¡Vayánsen ustedes a la porral...

Y echó a andar.

Pero a los cinco o seis pasos tornó a la mesa como el que se olvida de algo, y encarándose otra vez con los empleados dijo:

— ¡Ah!... Y color...

Y se marchó tan satisfecho, como si se hubiera quitado de encima un gran peso.



Lo que vamos a referir ocurrió hace algunos años, y, según nos aseguraron, el hecho es completamente verídico. Por lo menos, la persona que nos lo refirió nos merece más crédito que Melquiades Alvarez.

Y sucedió que una vez recibió en el Negociado de lo-

terías una carta de un pueblo, en la que uno de los vecinos decía, poco más o menos:

«Sé de buena tinta que el sorteo no se hace en forma legal, y que, como en todas las cosas que dependen del Gobierno, la recomendación es el todo.

«Llevo tantos años abonado al número tal, y ni por casualidad ha salido premiado una sola vez con un premio de los más chicos; y como esto me parece un abuso, que no estoy dispuesto a tolerar, les advierto lealmente que, si en el próximo sorteo no agarro un buen pelizco, yo sabré lo que tengo que hacer.»

La carta, como es natural, produjo el consiguiente regocijo entre los empleados, y se hicieron sobre ella los más graciosos comentarios.

A los pocos días tuvo lugar el sorteo, y, ¡paf!, el número del pueblerino jugador que sale premiado con el *gordo*.

Y es lo que decía uno de los empleados de la sección de loterías:

— ¡Cualquiera le convence a ese hombre ahora de que aquí no se hacen trampas!



La chirigota que hace el número tres de las que estamos refiriendo, también es completamente auténtica, y podemos atestiguarlo con el protagonista de ella, que es un excelente amigo nuestro.



Dib. RIVERO GIL.
Melilla.

— Chico, no se por qué dice tu novia que me ha calao.
— Sí, hombre; es un modo delicado de llamarte melón.

Hallábase éste, que es un notable tirador, causando bajas en un monte ple-
tórico de conejos y perdices, y llevaba ya colgados, para retirarse a su casa, media docenita de roedores y un par de volátiles, cuando surgió una pareja de la Guardia civil.

— La licencia de caza, ¿hace usted el favor? — dijo el jefe de la pareja.

— No la tengo aquí — respondió nuestro amigo.

— Lo sentimos mucho; pero tenemos que recogerle la escopeta.

— Tómela; y la caza también, como es natural.

Hiciéronse cargo los guardias del arma y de las *víctimas*, y emprendieron su camino seguidos del, al parecer, furtivo cazador.

Llevarían andando más de un kilómetro cuando llegaron a la casa del monte, por donde tenían que pasar forzosamente, en cuyo momento, el amigo en cuestión dijo a los guardias:

— ¿Tienen la bondad de esperar un momento?

Hicieron alto los de la Benemérita, entró el cazador en la casa, y salió a los pocos instantes con una cartulina en la mano.

— Aquí está la licencia de caza, señores. — Y recogiendo su escopeta, sus conejos y sus perdices, añadió —: Y muchas gracias por haberme aliviado de tanto peso durante el camino.



Una de nuestras más populares artistas de *variétés* es propietaria de un padre que *¿pa qué?...*, como decimos los cazizos.

El padre interviene en todo cuanto al arte de su hija se refiere y en todo cuanto no tiene que ver con el arte. El padre se mete en todo lo que le importa y en lo que no le importa. El padre no deja vivir a su hija, y la hija está del autor de sus días hasta el moño..., y dos metros más.

Una noche en que el padre acababa de dar a su chica un disgusto de órdago (de órdago a la chica, naturalmente), salía ella del teatro, cuando se la acercó un golfillo, que la dijo:

— ¡Señorita, una lismosnita, que es usted más guapa que la reina!

— ¡Déjame en paz, chico!

— ¡Ande usted, señorita generosa, que no tengo padre!

— Y aun te quejas, ¡ladrón

Por la recopilación,
TORRES-ASENJO

LA BATIDA



CUANDO yo fui a visitar a mi primo Pepe allá en su pueblo, el pueblo más pintoresco de Andalucía, lo que más me llamó la atención fueron los muchos pertrechos de caza que vi en todas partes. Hasta en la casa más humilde había su escopeta, la canana y el morral colgados de la espertera. También era raro encontrar un individuo que no tuviese, cuidándolo con esmero, bien un hurón, bien un perro perdiguero, un galgo o un podenco...

— ¡Menuda afición hay aquí a cazar! — le dije un día a mi primo.

— ¿Cómo afición? ¡Delirio! — me respondió.

El mismo tenía también sabe Dios los perros; una verdadera jauría: en la casa del pueblo, en un cortijo, en el rancho... Tenía también tres magníficas escopetas de dos cañones, dos de pistón, y otra de cartuchos de un cañón solo.

Influenciado por tal ambiente, llegué a rogar a mi primo que me llevase a alguna cacería.

— Sí, sí — me respondió —; pero es necesario esperar una oportunidad.

No volví a insistir, pues noté en mi primo algo así como extrañeza de la facilidad con que yo le pedí el ir de caza.

— ¡Bah! — me dije — Temerá que no haga un papel muy airoso en la cacería.

Una madrugada dormía yo en el molino de aceite anejo a la casa principal (pues en él hacía una temperatura deliciosa, era verano), cuando me desperté sobresaltado. Me incorporé en la cama. Oía a lo lejos, y luego en la misma calle de la Magdalena, fuerte roncar de bocinas de caza y correr atropellado de gente, así como alborotado ladrar de perros. Parecía que el pueblo entero se había puesto en conmoción para defenderle de la irrupción de los bárbaros. Tal escándalo había. «¿Qué ocurrirá? — me pregunté, hondamente preocupado —. ¿Habrá fuego en el campo y han dado la señal de alarma? En fin, ¿qué pasará?» Dispuesto a levantarme estaba, cuando, de pronto, con una escopeta en la mano, «seguido de perros, no diré corría, volaba» mi primo Pepe. Atravesó el patio y salió a la calle.

Quedé perplejo, sin saber qué hacer; pero en un momento me rehice, y en un santiamén me vestí. Salí a la calle por el ancho portalón del corral que comunicaba con la parte de la casa destinada a la labranza, a tiempo de ver correr en todas direcciones, hacia las diferentes salidas que el pueblo tiene al campo, infinitos individuos, creo que el pueblo masculino en masa, todos pertrechados de escopetas y perros; pero como desesperados...

— Dios mío, ¿qué será? — me dije.

Eché a andar tras algunos de aquellos que, por lo visto, se habían retrasado, y algo de luz comenzó a hacerse

en mi cerebro al oírles hablar, siempre a carrera abierta hacia el campo. Seguramente se trataba de alguna batida inopinada. Alguna fiera se habría presentado en algún rancho, habrían dado la voz de alarma, y el pueblo entero, ante el placer de cazar un lobo u otra alimaña parecida, salía como loco, levantándose a aquella hora — comenzaba a alborar —, abandonando el trabajo del día.

Apreté el paso y pude alcanzar a mi primo, que iba con una de sus mejores escopetas de dos cañones, en unión de otros cazadores, casi sin hablar, a marcha forzada. La fresca brisa del amanecer nos acariciaba el rostro y nos enmarañaba el cabello, pues casi todos íbamos con la cabeza al aire, por no haber tenido tiempo ni de coger el sombrero.

— ¿Y dicen ustedes que lo han visto por los Canchales? — dijo, por fin, uno.

— Sí, sí — respondió mi primo —; Frasquito el de la Tarara dice que sí, que por los Canchales.

— Yo también lo creo — dijo otro —. A pesar de que Nastasio el de la Panpringá dice que no, que donde lo han visto ha sido en el cañaveral de tío Rebote. Por eso se han dado muchos pa ya.

— ¡A ver!... — hubo quien terció —. ¿Pues no se han ido también muchos p'al río?...

Pero eso creo yo que nanay... ¡Nada!... Se trataba de lo que yo había pensado. Una batida a un lobo. No podía ser otra cosa. A todo correr pude emparejarme con mi primo, a tiempo que decía:

— Nunca me lo hubiera imaginado... Ya hace cuatro años que no salíamos en busca de otro... Veremos si esta vez se le acorrala como la otra, o se defiende y se esconde... Sería una lástima... Por cierto que ha sido el mismo Frasquito el de la Pascuala el que ha dado la voz...

Ya no cabía duda alguna. Se trataba de una batida...

Cogí a mi primo Pepe de un brazo. Hasta entonces no se dió cuenta de que yo era de la partida.

— ¡Hola! Pero ¿venías tú ahí? ¿Y no traes escopeta?...

— No... Ya ves; pero vamos, no creo que corra peligro!... ¿No?...

— ¿Cómo peligro?... — exclamó mi primo extrañado.

— Pero ¿no se trata de una batida?...

— ¡Hombre, sí; es una cacería!...



Dib. JARDIEL PONCELA. — Madrid.

— Dirán los poetas lo que quieran; pero yo comparo a las mujeres con las básculas de precisión.

— ¿Por qué?

— Porque no me acerco a una que no me pese.



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Ahí tienes a un betunero haciendo una faena que no la hace hoy día ningún fenómeno coletudo.

— Pero ¿qué está haciendo?

— ¿No lo ves?... ¡Cambiando de rodillas!

— ¿Y crees tú que el lobo ése me podrá hacer algo yendo contigo?

Hubo un momento de estupor en todos. Mi primo, al fin, me contestó:

— Pero ¿qué lobo es ése?

— El que vais a matar... ¿No?...

— ¡No, hombre!... ¡Si se trata de un conejo!

¡De un conejo!... ¡Toda aquella revolución en el pueblo, todo aquel correr armado hasta los dientes, toda aquella afición cinegética, todo aquello era por un conejo, que, por lo visto, aparecía cada cuatro o cinco años para conservar la llama sagrada del amor a la caza en el pueblo de mi primo.

Todavía, cada vez que recuerdo la escena de mi pregunta a mi primo Pepe y su contestación, y la extrañeza de los demás cazadores, me rebulle la risa por todo el cuerpo.

FRANCISCO DE TROYA

DIVULGACIÓN PINTORESCA

Los grandes inventos.

ALUMBRADO ELÉCTRICO POR INCANDESCENCIA

En el invento de la luz eléctrica hay más de un punto oscuro, aunque parezca paradoja. Mientras unos se lo achacan a Edison, diciendo que en 1879 comenzó sus investigaciones, otros aseguran que ya en 1868, Juan Van der Olha, natural de Flandes, inventó «una ampolla de vidrio vacía de aire, en la que introdujo un hilo de platino, haciéndole alumbrar por la incandescencia». Esta definición describe exactamente la moderna bombilla.

Nos resulta penoso escoger entre Edison y Van der Olha; pero, pensando en la Bombilla, tenemos que optar por el flamenco.

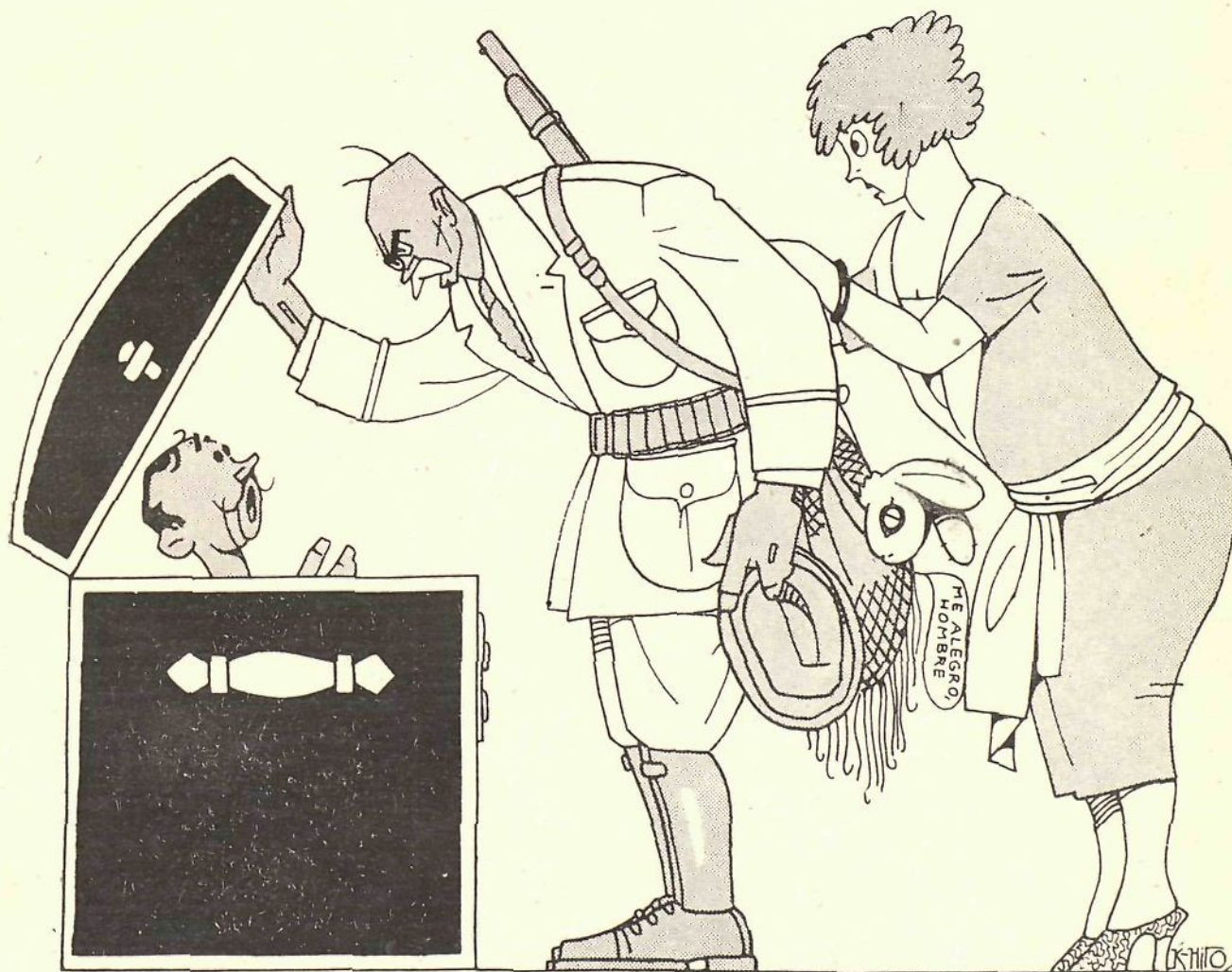
El tal Juan era un predestinado. Desde su infancia manifestóse opuesto al obscurantismo, y era corriente verle pasear con el traje lleno de lámparas. Ayudado por sus dos primos carnales, Hugo y Emerenciano, comenzó a trabajar. El padre de Juan — un flamenco con toda la barba — entabló cierto día el diálogo siguiente con su hijo:

— Extrañame, primogénito, que hayas escogido para colaboradores a tus primos Hugo y Emerenciano, de quienes opinamos todos en el seno, y hasta en el coseno de la familia, que son más tontos que una corrida sin picadores.

— Por eso precisamente escogilos — respondió Juan, que era muy propenso al paludismo y a los esdrújulos —. ¿Quiénes mejor para ayudarme a encontrar la luz que esos dos primos alumbrados?

— Luego ¿ya los filaste, vástago?

— Filélos, padre, filélos.



Dib. K-Hiro. — Madrid.

LA MUJER (al marido). — Es el sabio inventor del insecticida Piscis. Le he rogado que se metiera en el baúl para acabar de una vez con la maldita polilla.

— ¡Gran filador eres, hijo!
— Pues si yo no tuviese *filamento*,
¿cómo *leñe* quieres que inventase la luz?
Ante este chispazo del genio hubo de
rendirse el padre de Juan, y éste conti-
nuó los experimentos en su casa, ayu-
dado por sus primos.

Comenzó por poner al rojo un hilo
de acero, acercándole luego a la ber-
meja nariz del primo mayor.

— ¿Lo ves, Hugo?

— ¡Ayl...

— Perdona, y no seas primo.

— ¡Es que me has levantado ampolla!
— Dígame que no seas primo; que te
abstraigas de la consanguinidad que
únete a mí, y admíreme. Esto que ves
será la luz.

— ¡Ojalá! — suspiró Hugo.

Y Emerenciano, que era un románti-
co primaveral, todo delicadeza y poesía,
murmuró por lo bajo: «¡Este *andovales*
está más *chalo* que una chota!»

¡Ah! Pero la fantasía potente de Juan
ya se había lanzado, y era inútil fren-
arla.

— ¡Sí!... — decía —. ¡Encontraréla!...
¿No soy yo un genio?... ¡Claro!... ¿Qué
soy yo?... ¡Un genio!... ¿Quién es el ge-
nio?... ¡Yo!... — Y tras este ejercicio de
lectura gramatical, continuó —: ¡Para un
genio como yo, resolver una dificultad
es corriente! ¡Mi intelecto es flexible!
¡Ah, señores!... Pues si lo uno es *flexi-
ble* y lo otro es *corriente*, ¿qué hacer
sino colocar la bombilla?

Y aquella misma noche, en la ancha
puerta de la fastuosa mansión de Juan
Van der Olha, rutiló un potente foco,
¡el primero que alumbró por incandes-
cencia!

¡Gran noche para Flandes, lectores
amadísimos!

¡Magno véspero para Flandes, bellísi-
mas lectoras!

¡Aquella noche no hubo un flamenco
que no pasase por *casa de Juan*, para
deleitarse en la Bombilla!

F. RAMOS DE CASTRO

LA POLÍTICA PINTORESCA

Cañones contra aeroplanos

Aseguran que se va a hacer la paz con
el moro, y aunque, naturalmente, rego-
cijará que acabe de una vez la tragedia
iniciada en julio de 1921, debemos con-
fesar sinceramente que nos apena un
poco vernos privados de un importan-
tísimo elemento para comentar la política
pintoresca. En la época actual, Marrue-
cos es la pesadilla de cuantos, de una
manera u otra, se preocupan de la go-
bernación del país. En cuanto un po-
litiquillo de mala muerte tiene cuatro
pesetas de sobra — y, ¡ay!, suele tener-
las con mucha frecuencia —, toma el
tren, luego el vapor, y se pasa tan rica-
mente un par de días en Melilla, media
semana en Ceuta y un cuarto de hora
en Tetuán. Luego vuelve a Madrid, y se
da el gustazo de decir en la cantina del
Congreso o en la *terrazza* del Casino:

— Yo, que conozco perfectamente el
problema de Africa, porque no en balde
he recorrido muchas veces aquel terri-
torio...

Ya comprenderá el lector que estos
tipos son siempre un preciado tesoro
para cuantos nos consagramos al diver-
tido deporte de recoger la parte grotesca
y humorística de nuestra política. Si
se acaba el conflicto de Marruecos, nues-
tros personajes no tendrán ya pretexto
para realizar nuevas excursiones, ni si-
quiera con carácter oficial, como aque-
lla inolvidable que realizó, por ahora
va a hacer un año, el entonces ministro
de la Guerra, D. Juan de la Cierva. De
aquella visita a las posiciones melillen-
ses guardamos nosotros en nuestro ar-
chivo magníficos recuerdos. Don Juan,
con esa arrogante apostura militar que
Dios le ha dado, fué el asombro de mo-
ros y cristianos. Lo examinó todo, se
metió en todas partes, y si no fué a Ax-
dir a hablar con los prisioneros y a
echar una parrafada con Abd-el-Krim,
fué porque no quiso chafarle a Luis de

Oteyza el gran éxito periodístico que
había de obtener al poco tiempo.

Claro está que el Sr. La Cierva se
creía en la obligación de conocer, hasta
en sus menores detalles, cuanto se re-
lacionara con los asuntos militares, por-
que no en balde llevaba algunos años
cultivando su propia substancia beli-
cosa, como quien cultiva un clavel. Sin
embargo, era inevitable que incurriese
en algunos errores. Y uno de ellos, qui-
zás el más gracioso, es el que pasamos
a referir, y cuya autenticidad nos consta
de manera positiva, aunque los ciervis-
tas atribuyan la historieta a la mala
sangre de algunos amigos del Sr. Ber-
gamín.

Una mañana de las que estuvo en Me-
lilla D. Juan, le avisaron que había
fondeado en el puerto un vapor que con-
ducía material de guerra para nuestro
Ejército de operaciones. El ministro re-
unió entonces a los políticos y periodis-
tas que formaban su nutrido y fastuoso
séquito, y les dijo:

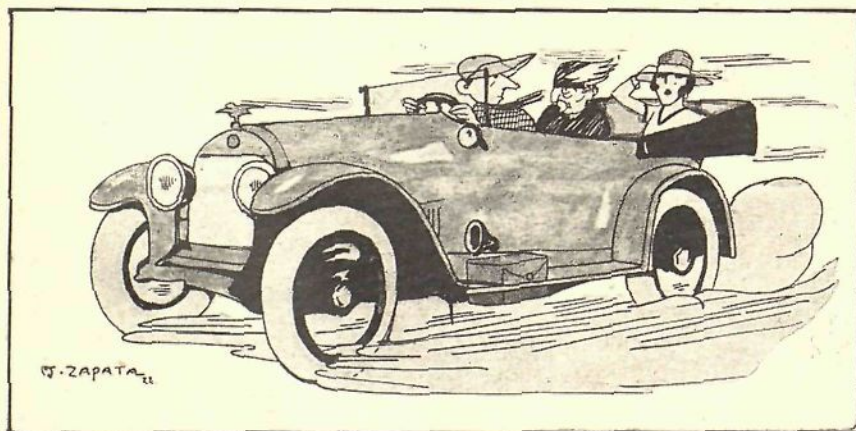
— Para que vean ustedes que las tro-
pas expedicionarias no carecen de nada,
ahora mismo nos vamos a ir al muelle,
donde están desembarcando un envío
de material. Así podrán ustedes conven-
cerse de cómo nos desvelamos por aten-
der a todo...

Fueron, en efecto, al puerto el Sr. La
Cierva y sus acompañantes. Don Juan,
lleno de orgullo, iba mostrando a todos
las grandes cajas que desde el barco
iban llegando a tierra.

— Vean ustedes, vean ustedes — de-
cía, previamente apuntado por el ge-
neral Berenguer —. Aquí no falta nada.
Miren: municiones..., paquetes de fusi-
les..., ametralladoras..., efectos sanita-
rios..., estufas de desinfección..., filtros
para hacer potable el agua..., mantas...,
calzado..., ropa interior para la tropa...
¡Hay de todo, amigoss! ¡Esto deben us-
tedes decírselo al país!...

Los señores del cortejo asentían, na-
turalmente, a cuanto iba diciendo el mi-
nistro. Este, en una de sus vueltas por
el muelle, se detuvo ante unos formida-
bles artefactos de acero, en los que so-
bresalían unos pavorosos cañones, cu-
yas bocas temibles se elevaban hacia el
cielo... Don Juan miró en torno suyo con
el mayor disimulo, buscando a Beren-
guer, para que le explicase lo que era
aquello. El general en jefe, sin embargo,
no estaba allí. Se había quedado algo
atrás, dando unas órdenes... Pero como
todos los personajes de la comitiva con-
templaban los susodichos artefactos, el
Sr. La Cierva se creyó en el caso de ha-
blar.

— Repito que hay de todo, amigoss...
¡En fin, aquí lo ven ustedes! ¡Hasta ca-
ñones contra aeroplanos hemos traído!
Vean ustedes que hermosos son... Tie-
nen una disposición especial para dis-
parar hacia lo alto... El mecanismo creo
que es muy curioso. Como ven ustedes,
cada aparato tiene dos cañones, y fun-
ciona por medio de un motor que va



A GRAN VELOCIDAD

Dib. ZAPATA. — Madrid.

— ¡No apriete usted tanto..., que mamá no quiere llegar a los ochenta!

encerrado en esa especie de caja grande que hay debajo... Es magnífico, ¿verdad?...

— Yo ignoraba — insinuó uno de los acompañantes — que los moros tuviesen aeroplanos.

— Ahora no los tienen — afirmó don Juan pavoneándose —; pero pueden tenerlos algún día, y hay que estar prevenidos contra esa contingencia. ¡A mí no podrán llamarme improvisor!

En aquel momento llegaba adonde estaba el grupo el general Berenguer, que ya había terminado de dar órdenes. Y viendo al ministro y a su séquito contemplar aquellos armatostes, dijo, con el tono más sencillo del mundo:

— ¿Qué? ¿Están ustedes viendo las nuevas cocinas de campaña? ¡Son muy útiles! Como tienen dos hornillos y dos chimeneas, el rancho se guisa en un santiamén...

TARTARÍN

== LAS COSAS DE LOS TEATROS

"LOS SANTOS MÁRTIRES"

Componer un drama de carácter social es algo que, por su facilidad y su sencillez, tienta a todo dramaturgo moderno. Ejemplo: se coge un hombre buenísimo vestido con un traje de mecánico y cubierto con una boina de punto; se le hace dialogar con otro que viste igual y que da voces. Una vez bosquejados los tipos, se plantea una huelga en una fábrica, cuyo propietario tenga todos los caracteres de una hiena. Ya no es preciso más.

El patrono perecerá irremisiblemente, el que grita saldrá triunfante, y el hombre bueno irá a presidio sin remedio...

Así puede desarrollarse un drama social, y con estos elementos compuso *Los santos mártires* el Sr. López Merino.

Claro es que, para teorizar sobre materia tan compleja como las luchas sociales, hace falta enterarse de muchas cosas que se han escrito y que los dramaturgos del día generalmente ignoran. Pero ¿y la vida?...

La vida lo enseña todo: todo, hasta las luchas de clases. Y por eso se escriben dramas de este orden, confiando en las lecciones que nos ofrece la realidad, y confiando también en los efectos que pueda producir sobre la masa el acreditado *latiguillo*.

Una de las cosas que, por lo visto, *la gran maestra* — el libro siempre abierto — ha enseñado al autor de *Los santos mártires*, es que en la imperfección humana hay siempre un motivo cómico de indudable interés para el teatro. Así, de un viejo impedido y caduco extrae episodios regocijantes, y con ayuda de una niña tonta e indiscreta desenlaza su comedia, que, a pesar de cuanto hemos



Dib. LÁMBARRI. — Zaragoza.

— ¿Así que mañana empezáis las prácticas de submarinos?

— Sí, chiquilla, sí. A estas horas ya estaré lejos de ti; pero puedes tener la seguridad de que mi sentimiento será profundo.

dicho de ella, contiene un profundo pensamiento, eje, o más bien pivote sobre el que gira el mundo en que se desarrolla el Sr. López Merino.

«Santos mártires — dice el autor — son aquellos que se meten a arreglar los asuntos ajenos y salen al final con las manos en la cabeza y haciendo ¡ful! como los gatos, porque los de arriba no pueden escucharlos y los de abajo no saben oírlos», o viceversa.

Lo que viene a demostrar, entre otras cosas, que la Humanidad no anda bien de los oídos, y que uno de los medios de dar solución a tantos males sería la eficaz y rápida intervención de un otolaringólogo...

Y decimos esto, porque no nos atrevemos a aventurar la afirmación de que

el pensamiento transcrito fuese un pretexto previo — una especie de burladero, por si la *fiera* se irritaba — para echarle la culpa de lo que ocurriese a las malas condiciones acústicas del teatro de la Latina.

ME SOBRA "UNA GRAN CANTIDAD"

El artista novel que tuvo la bondad de remitirnos para el número pasado unas cuartillas que titulaba *Un drama inédito*, nos escribe poseído de la más terrible indignación.

Afirma que uno de los versos de su obra ha aparecido en el periódico con muchas sílabas de más, que él no puso, o que, por lo menos, no quiso poner.

Él escribió:

«... doliéndose de los golpes
que acardenalan su cuerpo.»

y lo publicado fué:

«... doliéndose de los golpes
que «en gran cantidad» acardenalan su cuerpo.»

El hombre no se resigna y quiere que rectifiquemos.

— ¡Me sobra «esa gran cantidad»!...
— dice irridadísimo.

Conformes.

Y como nosotros no la queremos para nada, la ponemos a disposición del causante de la errata.

LA COMPAÑÍA VELASCO EN APOLO

¿Ustedes conocen a la Zuffoli? ¿Y a la Caballé? ¿No?

Pues vayan a verlas.

Aunque los apellidos son como para que titubee el más heroico, yo los animo y les aconsejo que no vacilen.

Si ustedes desean divorciarse de sus esposas, y si se encuentran en disposición de ánimo capaz de la ruptura familiar definitiva, asistan a las representaciones de Arco iris.

Saldrán ustedes diciendo lo que un señor, alto él, medio calvo él, con un traje oscuro, muy conocido en Madrid, de quien se habla con frecuencia, asiste a todos los estrenos, y cuyo nombre no consignamos por temor a la represalia:
— ¡Esas son mujeres — exclamaba —, y no lo que tenemos en casa!...

Opinión que, por el solo hecho de copiarla, provocará seguramente en el seno de nuestro hogar una cosa así como las luchas en Oriente...

JOSÉ L. MAYRAL.



Dib. CASTEIG. — Alicante.

— En este taller empleamos la piedra corriente y el mármol.

— ¿Y el granito?

— ¿El granito?... Pues ya lo ve usted: ¡sin querer reventar!...

TITIRIMUNDILLO

De un suelto de contaduría:

«Debutará en breve la hermosa y acariciadora Consuelo Hidalgo.»

¿Acariciadora? No cabe duda de que, si es así, la entrada va a ser formidable.

La cuestión de Oriente ha sido puesta de nuevo sobre el tapete.

Pero esta vez ha sido puesta con todo lujo, porque es un tapete turco.

— Dime, ¿qué es un almuerzo íntimo?

— Aquel en que durante la comida se puede pellizcar a quien almuerza.

— Entonces, en ese almuerzo íntimo con motivo de la Exposición se habrá pellizcado...

— Hombre, entre pintores y escultores, bastante se pellizcan todo el año unos a otros.

— En el Real el tenor Lázaro cantará Dolores, y el tenor Fleta también cantará Dolores. Yo no me abono.

— ¿Por qué?

— ¡Toda la temporada con Dolores!... ¡Ya tengo bastante con los de reuma!...

— Pues yo me he pasado el verano en el extranjero. Me ha sentado muy bien.

— ¿El cambio de aire?

— No; el cambio de moneda.

«Hallazgo de oro en la Casa de la Moneda.»

Es lo natural y lógico. ¿Qué quería usted encontrar, si no? ¿Empanadas de ternera o calcetines a rayas?

De ser cierto que existe el oro, allí tiene que estar.

Han desembarcado en Constantino-
pla mil aviadores ingleses.

Como la pelota está aún en el aire, sin duda por eso han ido tantos aviadores.

— ¿Has visto? Se vendían las credenciales para el nuevo matadero de cerdos; ¿qué te parece?

— ¿Lo de los cerdos? ¡Una cochina!

En Canea se ha constituido un Gobierno provisional con tres ministros.

¿Tres nada más, después de una revolución?

¡Es para canearse de los de Canea!

Ha sido detenido el ex ministro griego Propopapagajis.

¡Era natural!... Llamarse así es extraordinariamente comprometido.

Dice Gómez Carrillo: «¿Cuál es el escritor más malo de Francia?»

Pregunta usted lo mismo en España, y hay cola para votar.

II

Dos chulapas dialogan a la puerta del bar Cascorro.

— ¡Anoche me consta que estaba tu novio con otra!

— ¡Pues a mí me habían dicho que estaba contigo!

— ¡Por eso mismo te digo que estaba con otra!...

III

Un nuevo rico construye una casa, cuya fachada principal la ocupan unos cuartos de cierta elegancia y confort, y cuya parte trasera es más modesta por tener las vistas a un descampado sin urbanizar.

Y fija un anuncio en el portal, que dice textualmente:

«Se alquilan cuartos. Los que dan a la calle, a cincuenta duros. Los cuartos traseros, menos duros.»

IV

A la puerta de un *water-closet* se detiene un parroquiano a interpelar a otro concurrente que hay en el interior:

EL DE FUERA. — ¿Está ocupado?

EL DE DENTRO. — No, señor. ¡¡No hago absolutamente nada!...

V

En un restaurante económico, un comensal encuentra un cabello en la salsa e increpa al camarero:

— ¡Hombre, esto es una porquería!

¡¡Un pelo en el puré!...

— ¡Pero fíjese el señorito que es rizado!...

VI

Se habla de que Sánchez de Toca piensa usar lentes, y un óptico (que le ha tomado medida de la nariz) hace la siguiente observación:

— ¡Son sencillos de construir, y no tengo inconveniente en hacérselos! ¡¡Todo consiste en poner cristales a una bicicleta!...

VII

Un pobre diablo penetra en un restaurante mucho más económico que el que he nombrado hace poco, y pregunta al mozo que se dispone a servirle:

— ¿Cuánto vale un *bisté* sin patatas?

— Dos veinticinco.

— ¿Y con patatas?

— Dos veinticinco también. Las patatas no se cobran.

— ¡Pues, entonces, haga usted el favor de traerme una ración de patatas solas!

VIII

En casa de un encuadernador.

— ¡Aquí le traigo a usted esta novela de Conan Doyle y esta colección del periódico *The Times* para que me



— ¿Yo casarme con un americano?... ¡Jamás!

— ¿.....?

— Porque dicen que todo lo hacen a máquina.

Dib. GARCÍA ESCRIBÁ. — Valencia.

las encuaderne. La novela la quiero en rústica.

— ¡Ya comprendo!... ¡¡Y el *The*, con pastas!!

IX

Un *guapo* del barrio de Lavapiés, famoso por las tortas que ha dado y por las que ha recibido, se para ante una Administración de Loterías y se pone a leer la lista oficial del último sorteo. Acierta a pasar por allí un amigo, admirador de su valentía, y le dice:

— Qué, señor Cesáreo, ¿le ha tocado a usted el gordo?

Y contesta Cesáreo con furor épico:

— ¡¡Si me llega a tocar, le masco los hígados!...

X

En un cementerio de esta corte aparecen dos lápidas sobre dos sepulturas, que están juntas, y que dicen así:

La primera lápida: *A mi esposo, Tomás, su inconsolable Luisa. ¡Pronto vendré a reunirme contigo, vida mía! Agosto de 1871.*

La segunda lápida: *¡Tomás! ¡Aquí está tu Luisa, que, por fin, viene a tu lado! Abril de 1922.*

Y una mano desconocida se permite escribir debajo lo siguiente:

¡Caray, Luisa, lo que has tardado! ¡Ya creía que no íbas a venir!...

ERNESTO POLO.

EL ABOGADO

La deformación profesional

No me refiero particularmente, o por antonomasia, al abogado don Fulano o don Mengano, lumbrera del foro, ni mucho menos a D. Alejandro Lerroux, que acaba de principiar... y de terminar, todo a un tiempo, la carrera jurídica en la Universidad de La Laguna.

Porque, en realidad, el Sr. Lerroux no es todavía más que licenciado en ambos derechos, civil y canónico. Cuando abogue, solemnemente revestido de toga y birrete, ante los Tribunales, será propiamente vocero o abogado; y en cuanto abra bufete, como, *además*, es

personaje político de campanillas, le lloverán consultas y pleitos a porrillo.

Así debe de ocurrir, porque supongo que D. Alejandro no va a ser de esas personas que, como decía D. Luis Silvela, el viejo, «se hacen peritas en la Jurisprudencia sólo para ponerse el título académico en las tarjetas».

Sin ese marchamo oficial, ya tiene bien probado el ex emperador del Paralelo (todos los imperios se van) que, sin ser abogado, sabe abogar elocuentemente por todo género de causas.

A lo que me refiero — y vamos al grano — es al abogado en general, a la profesión de la Abogacía, y lo que me propongo es hacer algunas consideraciones o ligeras *vaciedades* — que dijo un ilustre parlamentario y aguerrido general del pasado siglo — a propósito

de *El abogado*, comedia de Brieux, recientemente estrenada en París.

El caso, en substancia, es el siguiente: a una mujer, acusada de haber dado muerte a su marido, tiene que defenderla, de oficio, un abogado que, precisamente, estaba enamorado de ella, sin ser correspondido. El abogado la cree inocente; pero la víspera del juicio se entera, con pruebas irrecusables que le exhibe el padre de la víctima, de que la mujer es culpable.

El muerto era una mala persona, y el padre le propone al abogado una transacción: no se valdrá de las cartas probatorias del crimen, a cambio de que el abogado no infame la memoria de su hijo para salvar a la mujer.

El abogado se lo promete; mas en el curso de la vista, al notar que el Jurado vacila, falta a su palabra, carga la mano sobre el muerto, y consigue la libre absolución de la delincuente.

A este exceso o abuso de los derechos de la defensa le llama Brieux «la deformación profesional». De modo que el abogado, de buena fe, sin duda, y hasta, en el caso referido, gratis, pasa por encima de toda otra consideración con tal de salvar a su cliente.

Ya en otra comedia — *La toga roja* — trató Brieux de la deformación profesional de los jueces. Ahora les ha tocado a los abogados, y si quiere, sin duda, será mucho trabajo señalar esta especie de joroba moral en todo el mundo.

Porque a mí esos casos me sugieren una relación con las nuevas teorías de Einstein sobre la gravitación universal.

Al pasar por la atmósfera solar la luz de remotas estrellas, no sigue su curso rectilíneo, sino que se desvía, se deforma, se comba (ya está jorobada!); y lo mismo sucede, por lo visto, con los fenómenos del mundo psíquico al pasar por la atmósfera profesional.

Esta atmósfera, como la del Sol, posee una atracción tan poderosa, que nadie es capaz de substraerse a su influjo.

¿Cómo exigirles, entonces, que resistan a una fuerza superior a sus fuerzas a los profesionales todos, desde el altivo príncipe de la política y los negocios al mísero edil que pesca en ruin barca del Ayuntamiento?

«¡Culpa mía no fué, fué del destino...!», pueden exclamar trágicamente.

El destino — el *fatum* (remontémonos a los romanos), el *ananké* (remontémonos a los griegos), la *mala pata* (apeémonos en la calle de la Comadre) — les tiene de antemano condenados a deformarse, a torcerse, a combarse, como la luz divina.

¡Qué más! Hasta el ingenuo pasatiempista se vió una vez arrastrado a decir que el gallo era un ave que ladra, «para hacer más difícil el acertijo».

Y es que la deformación profesional no se casa con nadie.

JOSÉ DE LASERNA.

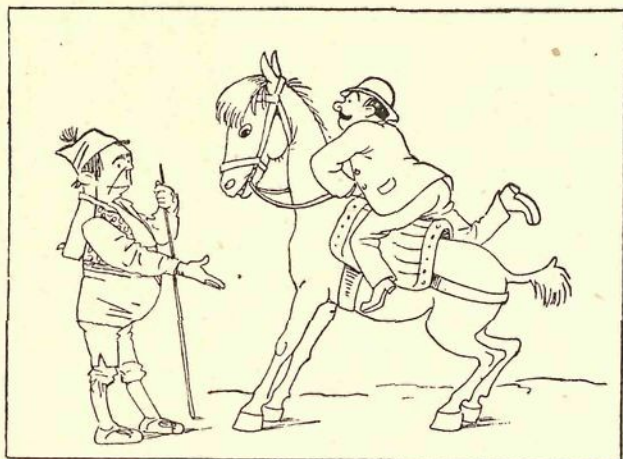


LAS PANTALLAS DE MODA

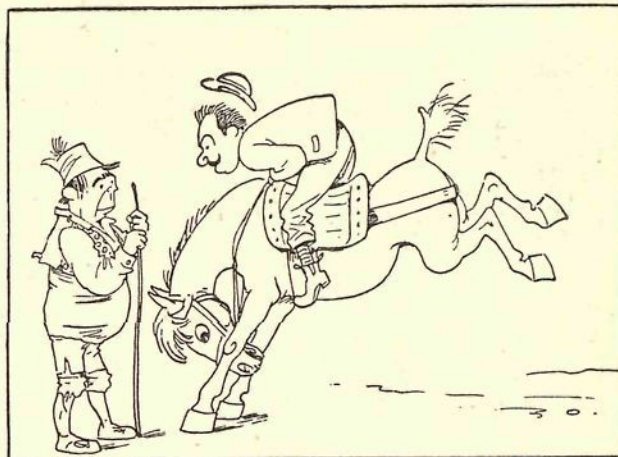
Dib. PRAT. — Paris.

— Decididamente, Julieta hubiera preferido vivir en aquellos tiempos en que las mujeres escondían a los amigos debajo del miriñaque.

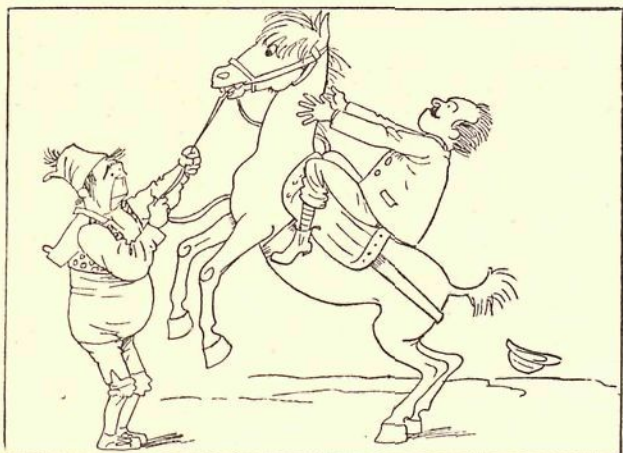
UN CABALLO "MU" MAJO, por Atiza.



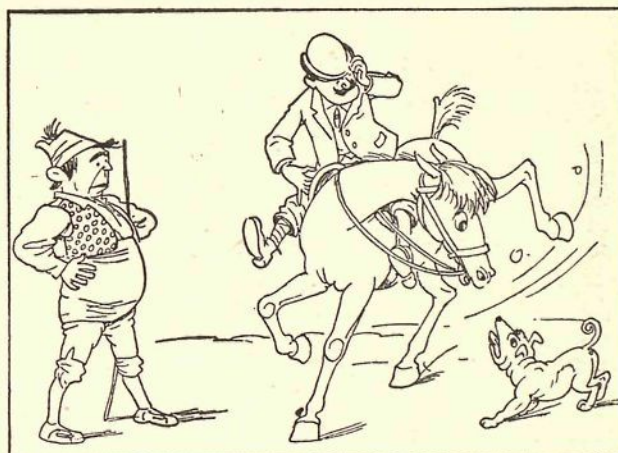
1. — Móntelo sin pena... ¡Ya verá cómo va tan ricamente!



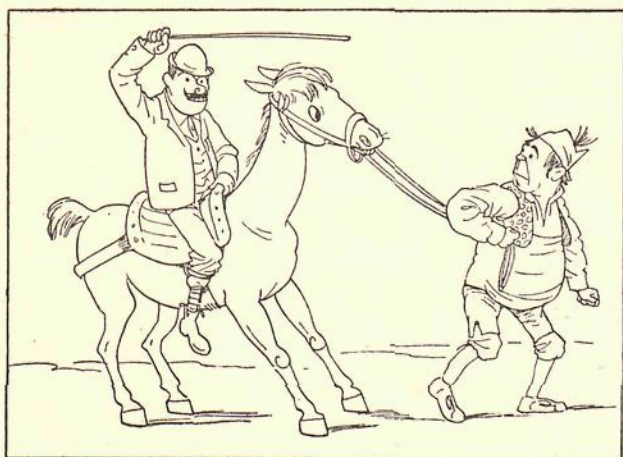
2. — Cocea un poquico; pero eso no importa. ¡Algo ha de tener!...



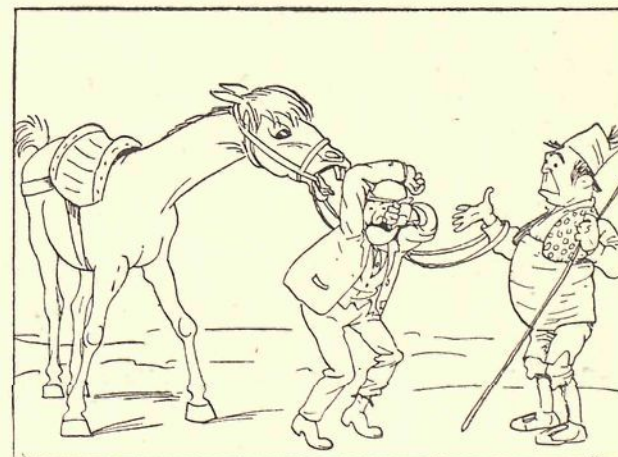
3. — Aunque se empina unas miajas, no es mucha cosa.



4. — Algo se espanta; pero teniendo cuidiao con los perros, no pasa na...



5. — ¡Eso sí!... Pa que tire, si no barrunta la cuadra, hay que arreale con alma.



6. — ¡Qué preguntical... Tanto como morder... ¡Si no se pone uno delante..., no hay peligro!

PROGRAMAS

El estilo español, los clásicos, los cuadros de historia y los cangrejos.



DECÍA que habíamos llegado a compenetrarnos con nuestros tiempos clásicos, en vista de la preponderancia del llamado estilo español. Ya nadie que se estime deja de tener un vargueno y un cacharro de Talavera. Nada, sin embargo, más extraño a nosotros que cuanto procede de los siglos XVI y XVII. Si alguien lo duda, que asista a una representación de *La niña de Gómez Arias*.

El buen público escucha con un esfuerzo penoso, y con recelo, como un campesino a un abogado, porque no está seguro de entender lo que dicen los versos.

Algunos críticos miran a su alrededor con desconfianza de jaques que temen la estocada a traición. Claro que leyeron por la tarde la obra calderoniana. Pero los atemoriza un poco el aire insinuante, y a la par reservado, de tres o cuatro eruditos de esos que reeditan comedias y novelas antiguas.

Pensamos hallarnos en la Princesa, cuando en *tournée* primaveral pasa una compañía de París. Idéntica incomodidad en la muchedumbre distinguida que ignora el francés, junto con el alarde de los iniciados.

En medio de la inquietud de todos, a lo mejor surge algo que trae el reposo para alguien. Por ejemplo: el águila del telón de mutaciones, que una mamá recuerda a sus retoños haberla visto antes en el despacho del vecino del principal, en un repostero. Y por ahí se establece cierta complicidad de preferidos entre el drama y la familia que está en el secreto.

Éfimeras y casi inadvertidas compensaciones, verdaderos premios de lotería.

A lo largo de la velada, únicamente se hace unánime el interés con motivo de una lámpara. En el acto segundo, patio de la casa de don Diego de Mendoza, y al anochecer. Quién más, quién menos, los espectadores, contemplando el artillugio férreo y medieval, evocan el comedor hogareño, iluminado también con las antorchas del feudalismo. Falsificado el hierro, posee no obstante la verdad de su existencia tangible, en que los muros de papel y los cómicos con sus pelucas y sus ropas muertas parecen lo secundario, al lado de la barra con sus doce candiles.

Y aquí de la emoción en la sala. La señorita Pacello, con peligro de incendiar la morada del hidalgo, su amo, y distrayendo a sus compañeros, que notan la desviación del público, enciende una por una las doce torcidas en su baño de aceite. ¿Se apagará la que chisporrotea; ni una sola resistirá a dar su llamita de medalla; tropezará la actriz, o arderá el decorado? ¡Imaginaos cuánto apasionará el episodio! Las personas mayores vuelven a ser colegiales que languidecían sobre los libros; y de pronto, comienza a zumbiar en las vidrieras del aula un moscardón providencial, alegre, ameno, palpitante...

En el escenario se improvisan cuadros plásticos, como en las colonias estivales. Presenciamos la reproducción de varios de aquellos lienzos históricos que se premiaban en 1885 y que hoy se enmohecen en los museos de provincias.

No comprendemos cómo hombres de carne y hueso pueden disimular tan en absoluto su realidad, confundiendo con maniqués deplorables. Milagro de las vestimentas, la luz, los fondos decorativos. Y de la manera de recitar y moverse los actores, estos actores que pasaron de los latiguillos románticos a la excesiva naturalidad de los diálogos modernos, y de ahí al acrobatismo de las astrancanadas.

Llegaron a una tal anemia, que obligarles de repente a comer un biftec los pone en trance de morir.

Cada personaje, flotando en la inconsciencia, sin pisar ni hablar con aplomo, larga su tirada, y echa a correr a guarecerse entre bastidores. Se saben desairados, como si paseasen al sol con una levita lustrosa. Ni voz, ni ritmo, ni figura. ¡Ay, la tristeza pintoresca de las piernas con sus mallas, que transparen-

tan el relleno, faltando poco para que se marque el reborde del interior traje elástico, como en las medias de los criados de casacón!

Y en tanto, los versos redoblan sus tambores y alumbran sus bengalas, resultando inexplicable que las obras clásicas, caudalosas de vitalidad, sean las que transformen en muñecos a los comediantes. La misma Xirgú, ella, lobuna, *está en visita*. Con llamaradas de pasión y con amaneramientos y prejuicios a ratos, justifica plenamente el título ése de *La niña de Gómez Arias*, título, guardando los debidos respetos, que, si cuadra a la creación calderoniana, no desentonaría de una novelita del señor López Roberts (D. Mauricio).

Salimos a la plaza de Santa Ana, y allí, D. Pedro, desde su pedestal, contempla la clientela de las cervecerías. Un bebedor, al pie de la estatua, elige un cangrejo entre varios, lo abre de un golpe de palanca y lo chupetea sibaríticamente. ¿Y no habría medio de encontrar el truco que nos permitiese desentrañar y sorbernos las obras clásicas?

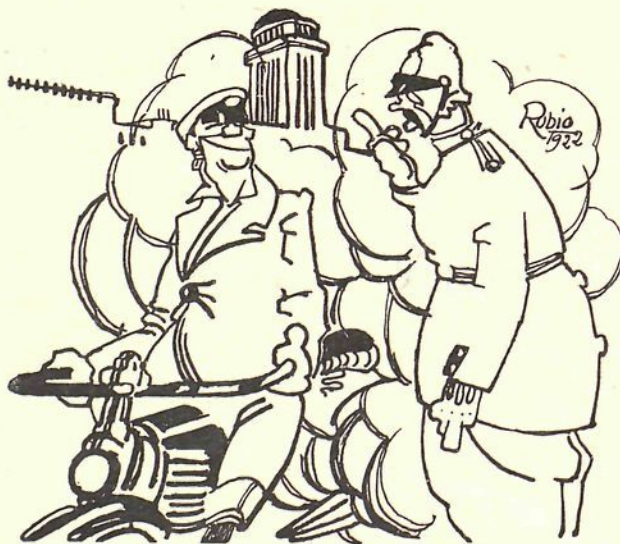
Maravillas. — El caso clínico de Luisa Vila.

Sería cosa de proponer que los escenarios de *variétés* cambiasen su condición de teatros por la de clínicas, juzgados y aun cárceles. Y que en lugar de los señores que combinan los programas, ejerciesen su apostolado entre bastidores un doctor Lafora, un Gerardo Doval, un Salillas.

El cuplé ya no se refiere más que a enfermedades nerviosas, delitos y crímenes pasionales. Por imposible teníamos que se pasara de glosar con sexteto la tragedia de la mujer del ahorcado, la famosa creación de Raquel. Y he aquí la novedad de su repertorio patológico, cuyo éxito consiste en provocar náuseas en el auditorio. Algún día se llegará a lanzar gases asfixiantes desde las tablas. Lo dicho: deben anunciarse los espectáculos de variedades en una sala de hospital.

Luisa Vila es la musa de los desastres morales, con lamentable repercusión en el físico. Con su figura de actriz cinematográfica y su elegancia de *cabaret*, con su pálida belleza de los nocturnos con champagne y con humo de cigarrillos perfumados, con sus ademanes del despertar de la embriaguez, con el cansancio de su juventud y de su voz empañada, Luisa Vila encarna sugestivamente el misterio de los fumaderos de opio, la ruleta y el tango fatal.

Tiene talento, acaso demasiado para el género que cultiva. En la comedia, en el dra-



Dib. RUBIO. — Madrid.

EL GUARDIA. — ¡Oiga, a mí me habla usted con menos humos!...

ma, quizás su naturalismo significaría un acierto. Pero una canzonetista que se recrea en la monstruosidad, carece de gusto, de finura artística. En ese repugnante relato de la cocaína, su cuerpo, que en la escena de los besos rechazados adquiere calidades de mármol escultórico, se marchita, se arruga, tórnase terroso y nos repele. Con un exceso de realidad, llévase a la nariz su diestra, y de la conjunción sale una mueca de un cinismo ofensivo.

Suponemos que las chicas de Parisiana y Maxim's, en el comienzo de su ruina, y buenas y simples, a pesar de todo, se arrepentirán de sus pecados, ante el peligro que tan a lo vivo les muestra la *divette*, moralista a despecho suyo. Sólo las gentes muy ingenuas o las muy corrompidas pueden interesarse por un repertorio de casa de salud.

Digamos, de pasada, que no es que

nosotros pretendamos circunscribir la canción de *music-hall* a las alegrías sonoras, aunque insubstanciales, de la época de la *Fornarina*, cascabel de oro en este concierto actual de campanas presidiarias.

Las baladas canallescas de una *Nita Ço*, arrullo en las tabernas de apaches, y el mismo *Mon homme*, por no citar más, pertenecen por derecho propio a la clase, como todo cuplé que, tangenteando la suciedad, no se manche y nos salpique o embadurne de tristezas miserables. Hay que posarse en la tierra y en lo que a lo peor se encuentra en la tierra, sosteniéndose con las alas, como los pájaros, que nunca se tiznan con la basura. Nunca ha sido atractivo contemplar los roedores y otras alimañas que se nutren con el cieno de las alcantarillas...

Pero nos hemos puesto serios, debido,

sin duda, a los temas desarrollados por Luisa Vila, artista nada vulgar, interesante por lo que de ella se adivina.

Gracias que la dirección de Maravillas, solicita en restablecer el equilibrio de sus espectáculos frívolos, prodigó la nota cómica. Ahora a cargo del electricista, que no jugaba oportunamente sus llaves. Ahora, como en una casa de huéspedes donde se celebra cachupinada, haciendo que el *cello* y un violín atraviesen las butacas, camino del escenario, con objeto de acompañar desde dentro uno de los números. Así da gusto: como en familia.

Por último, no corría a tiempo el telón, ese telón a listas, que nosotros, infatigables viajeros, recordamos haber visto sirviendo de toldo en la terraza de un café argelino...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ.

ENTREACTOS

¡Cuándo, sentrañitas, dormiré a tu
[vera,
pa que las dos trenzas de tu pelo ne-
mis armoadas sean!... [gro

✂ ✂ ✂

Pa valor y chulería,
el día de mi cogía
capeando en Calasparra,
que me cosieron la hería
con dos cuerdas de guitarra.

✂ ✂ ✂

Cuando yo la diñe, mira que te de-
jé diez varas de guita para que te cuer-
serrana, der cueyo. [gues,

✂ ✂ ✂

Esa madre y esa hija
me van a dejar a mí
lo mismo que una tomiza.

✂ ✂ ✂

Si er chicote se te apaga,
no le tomes ley;
si una gachi te la pega,
ponla en la del rey.

✂ ✂ ✂

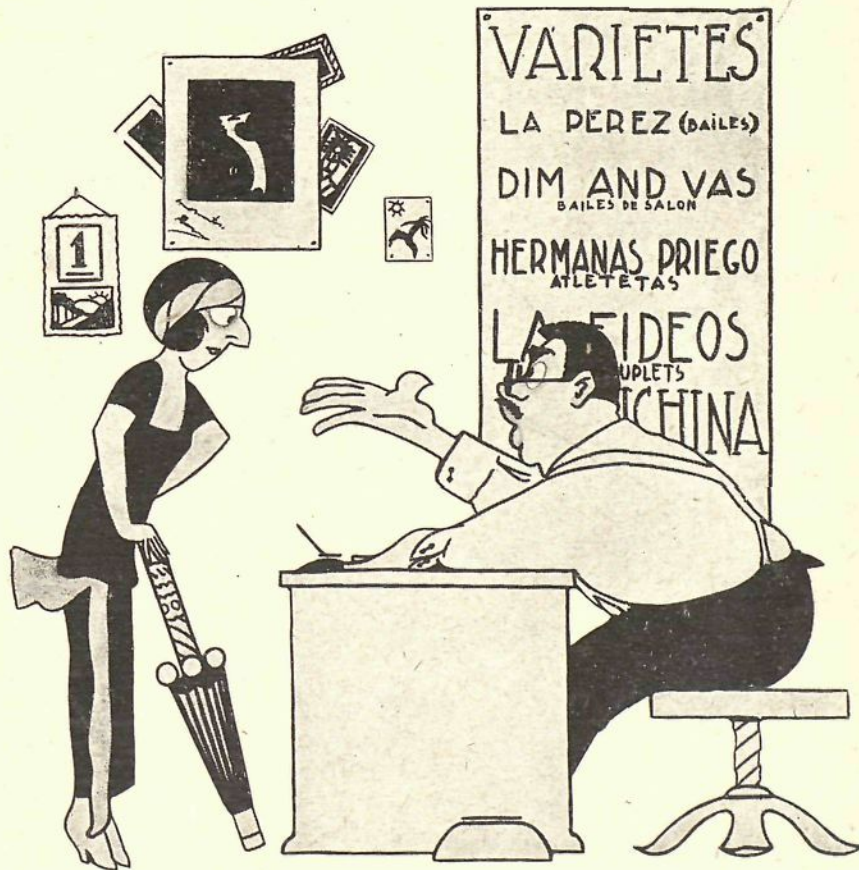
Por chismes de vecindad
a una mujer pistonuda
la cogió la autoridad.
Y el juez, persona sesuda,
al ver a aquella beldad,
dijo: «Dime la verdad
desnuda.»

✂ ✂ ✂

Ties los pinreles, salero,
tan curros y menuitos,
que de una petaca mia
te han jecho cuatro botitos.

ANTONIO GRILLO,

C. de la A. de la L.



DIIDAO

Dib. BILBAO. — Madrid.

— ¡Nada, nada!... ¡Esta noche baila usted la danza del vientre, aunque se le olvide el papell...

LEY DE HERENCIA

La hora gratis en el gabinete de consulta. Como las enfermedades abundan y el dinero escasea, la hora gratis es de mucho trabajo. El doctor despacha a un paciente y grita:

— ¡Otro!

Entra un hombre de treinta años, flaco y triste. Mira al doctor con ojos asustados.

— ¿Cómo se llama usted? — pregunta el médico.

— Cayetano.

— ¿Qué más?

— Mas.

— ¿Algo más?

— Mas. Y ya nada más.

— ¿Qué le ocurre?

— Que no estoy nada bueno.

— ¿Dónde le duele?

— Por así... y por así... Como dolerme, me suele doler en muchas partes. Unas veces una cosa, y otras veces la de más arriba o la de más abajo. ¡Que no estoy nada bueno!

— Todo eso es muy vago. Vamos a reconocerle. Aparato respiratorio. Res-



Dib. HERRERO. — Bilbao.

EL BORRACHO. — ¡Qué raro!... ¡Con tanta cerradura como tiene esta puerta, y llevo media hora sin acertar con ninguna!...

BUEN HUMOR

pire. Más fuerte. En los pulmones no tiene usted nada.

— ¡Respiro!

— Ya no hace falta.

— ¡Es de satisfacción!

— A ver el estómago. Estése quieto. En el estómago no tiene usted nada.

— Es que no he comido.

— Corazón. No veo nada en el corazón. Tiene usted que concretar un poco lo que siente. Iremos por otro camino, por el más seguro: el de la herencia.

— ¿La herencia?...

— Sí, hombre, todo se hereda; eso es infalible. Lo que usted tiene se lo ha transmitido algún antepasado. Las herencias fisiológicas y patológicas tienen tal fuerza, que ni los socialistas se atreven a combatirlas. Veamos. ¿De qué murió su padre?

— De nada.

— ¿Cómo de nada?

— Es que vive.

— ¿Y está bueno?

— Bueno, gracias.

— ¿Y su madre?

— Tan famosa.

— No nos sirven. A ver los abuelos. Paternos. ¿Murió su abuelo paterno?

— Sí, señor.

— ¿De qué?

— De un estacazo. Verá usted: salía con un amigo...

— Basta; no me sirve: los estacazos no se heredan. ¿Y su abuela?

— ¡Pobrecilla! La cogió un coche y la hizo cisco.

— ¡Válgame Dios, hombre! ¿No daremos con la herencia? Vamos con los abuelos maternos.

— El abuelo murió en la guerra.

— Descanse en paz. ¿Ni siquiera la abuela murió en la cama?

— Esa, sí.

— ¡Dios la bendiga!

— Y dice mi madre que padeció la mar con lo que tuvo.

— Pues lo que ella tuvo es lo que usted tiene.

— ¿Eh?...

— Ni más ni menos; pero no se asuste.

— ¿No me he de asustar?

— Es la herencia, amigo mío, la ley fatal de la herencia. Pero la Medicina ha adelantado mucho desde entonces, y ahora combatiremos el mal con éxito. Conque no se apure.

— ¿Dice usted que tengo lo mismo?

— O cosa muy parecida. Se hereda la enfermedad o la tendencia.

— ¿Tendré la tendencia?

— Por lo menos.

— ¡Ay, Dios mío! ¿Quién me lo iba a decir?

— Vamos; calma.

— ¿Pero usted sabe lo que es?

— Sea lo que sea, lo curaremos. Por de pronto, hay que estudiar el caso con serenidad. Vamos a ver: ¿de qué murió la abuela?

— ¡Pobrecilla!... Pues... ¡del décimo parto!

TIRSO MEDINA.

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL DOMADOR DE SOMBREROS

Podrá ser muy halagador conseguir que una rana aprenda a multiplicar, o que un elefante escriba a máquina, no lo dudo; pero reconozcamos que es un trabajo estéril. Las corrientes modernas empujan al hombre hacia el utilitarismo, y por eso el hombre debe huir de esas complacencias inútiles, máxime cuando en la vida tiene que luchar contra la tenacidad instintiva de los objetos y de los seres que le rodean.

Todos, por ejemplo, estamos obligados por la fatalidad a la lucha con el sombrero flexible. ¿Por qué esta lucha? Nunca lo sabremos. Quizás venga de arriba, como la lluvia y la luz.

El sombrero flexible se cria en grandes cantidades y en lugar conocido por sombrerería. Allí, naturalmente, los sombreros viven en estado salvaje, como en las ganaderías: la abundancia de ejemplares hace que no se pueda en ellos ensayar un complicado sistema de educación.

Si uno, por otra desgracia también, tiene que comprarse un sombrero, al pedirlo al dependiente, éste se mete en la trastienda a cazar el sombrero. Ignoramos si lo caza a lazo o por sugestión. El caso es que el dependiente vuelve con el sombrero, sometido éste a una ficticia mansedumbre.

Si por medida, color y precio le conviene, se va con él. Surge entonces el terrible periodo del amaestramiento.

Si el hombre, por ingénita pusilanimidad o por dejadez, renuncia a la lucha, será en la vida un derrotado, un derrotado por el sombrero. Lo veremos pasar con el sombrero en la cabeza, sin un bollo, con una simple raya, con las alas abar-



ENTRE TOREROS

Dib. LLANO. — Madrid.

— Si los que me insultan en la plaza me lo dijeran en la calle...

— ¿Qué harías?

— Pues... llamar a un guardia.



Dib. MONDRAGÓN. — Barcelona.

— Para ganarse la vida, no hay nada como el deporte.
— Y para perderla de un golpe, tampoco.

quilladas y la cinta cosida con un hilo, y además sin entrar, apenas sin la más leve inclinación, como si se lo hubiesen dejado caer desde arriba.

Para domar el sombrero, desbravarlo, reducirlo a la obediencia, hay que emplear en él infinitos medios, igualmente enérgicos y radicales. Un amigo mío era un excelente domador de sombreros. En la calle era la admiración de las gentes, por las oportunas abolladuras y los certeros ladeamientos de que hacía objeto a su sombrero. Pero este triunfo incomparable, ¡a cuántas terribles luchas se debía! ¡Qué constancia y qué voluntad las suyas en la lucha con el sombrero flexible!

Recuerdo que cierto día llegó a su casa con un sombrero nuevo, y muy serio, muy terne y decidido, entró con él en su cuarto, lo dejó sobre una mesa, cerró la puerta con llave y se remangó hasta el codo. Para demostrar lo firme de su resolución, tiró por el balcón la llave, y, encarándose con el sombrero, dijo:

— Uno de los dos saldrá vencido de aquí: o tú, o yo.

Después lo cogió, y frente al espejo empezó a domesticarlo.

Tiró de las alas con fuerza inaudita hacia abajo; lo abrió, de muy extraña manera, una raya profunda; lo llenó después de complicados huecos. En vano se resistía el sombrero, aprovechando la menor ocasión para levantarse de un lado o para apabullarse, o, por el contrario, rebelarse con estrépito, como un *clac*, y ponerse esférico, igual que un globo próximo a zarpar. En vano, digo, porque a las seis horas mi amigo logró amarrarlo por completo y reducirlo a la obediencia.

Naturalmente, no se ganó de este triunfo, ni dejó de someterlo a un régimen de opresiones y de oportunos fironcitos, que es prudentísima medida, ya que los sombreros de educación defectuosa sacan sus vicios de origen y se tuercen, se dilatan y se vuelven intratables, igual que las personas. Es forzoso aprender a domar el sombrero. Reconocer al hombre vencido por su sombrero como incapaz de llevar a cabo ninguna obra de energía.

La amaestración perfecta debe infundir la misma satisfacción profesional que ordenar a una pulga que salte de un brazo a otro, o meter la cabeza en la boca de un león...

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

DEL BUEN HUMOR AJENO

LAS AMISTADES FEMENINAS, por Georges Courteline.

(Tragicomedia en seis actos, de los cuales uno es prólogo y otro epílogo.)

PRÓLOGO

Por primera vez están frente a frente Totote y Micheline, cuyos amantes se han encontrado en el café. Presentación por estos señores de las dos damas, la una a la otra. Frialidad, saludos apenas indicados, actitudes de *bull-dogs* que se encuentran bruscamente cara a cara y permanecen a la defensiva.

— ¿Quién es esta intrusa?...

— ¿Qué quiere esta desgraciada?...

«Las mujeres, dijo Dumas, son enemigas, o cómplices.»

¿Qué será Micheline para Totote? ¿Qué será Totote para Micheline?

¡Ya veremos! ¡Ya veremos! Dejemos que el tiempo haga su obra.

ACTO PRIMERO

Va rompiéndose el hielo.

Totote se familiariza. Micheline depone las armas con prudente lentitud. Las dos se poseen de cierta vanidad en mostrarse sus gracias respectivas.

Sonrisas a medias, demostraciones esbozadas de amistad. Puede que terminen por entenderse.

Totote tiene un aire de franqueza que conmueve a Micheline, y ésta, por su parte, tiene un aire distinguido que halaga extraordinariamente a Totote en sus aficiones desconocidas de gran señora. Además — ¡oh sorpresa! —, han descubierto que tienen amigas comunes, y se han puesto de acuerdo — ¿cómo no? — para despellejarlas piadosamente.

Totote y Micheline sienten germinar en sí una grande y mutua simpatía.

Separación casi cordial.

Promesas de ir a hacerse visita.

ACTO SEGUNDO

Visita de Micheline a Totote, devuelta por Totote a Micheline en el intervalo de veinticuatro horas.

La simpatía arraiga y crece en sus corazones como una vegetación salvaje.

Cambio de pequeñas confidencias. Totote revela a Micheline, rogándole la reserva más absoluta, algunos secretos familiares de gran importancia.



Dib. ORTIZ. — Madrid.

— Sí, señá Cipri, estoy contenta porque hace quince días que tengo novio.

— Y ¿qué tal es?... ¿Guapo, rubio, o moreno?...

— Pues no lo sé. ¡Como no nos vemos más que en el cinel...



Dib. CORONADO. — Madrid.

EL BORRACHO (después de leer los rótulos del tranvía). ¡Bueno! Yo no fumaré, ni escupiré en el suelo; pero lo que es beber agua de Solares...

Micheline hace protestas de discreción y de silencio. Jamás ha dicho nada de lo que le confiaron; puede preguntárselo a todo el mundo. Al escuchar los tremendos infortunios que sucedieron en la inocente infancia de Totote, Micheline deja escapar un torrente de lágrimas. Después, rivalizando en franqueza, Micheline dice a su nueva amiga, que la escucha con vivo interés, el nombre y las señas de la señora que la confecciona los sombreros.

ACTO TERCERO

Período exasperado.

Esto no es amor: es el delirio. Totote no se puede pasar sin Micheline, a quien le es absolutamente imposible vivir sin Totote.

Han cambiado por completo sus vestimentas. Ahora Micheline lleva el sombrero de Totote, la cual usa los zapatos de Micheline.

Proposición por la primera de tomar un pisito, en el que vivirían las dos con más tranquilidad y economía. Ruidoso entusiasmo de la segunda.

Las dos amigas se abrazan, agradeciendo a Dios Nuestro Señor el haber puesto en el mismo camino a dos seres tan perfectamente hechos para quererse, estimarse y comprenderse.

ACTO CUARTO

La cosa se va entriando.

Cruelles desilusiones de Micheline, que estaba muy equivocada acerca de Totote, y desilusiones no menos crueles de ésta, que se va dando cuenta de que aquella no es lo que parecía.

Totote tiene un carácter insufrible. Micheline no tiene corazón.

Totote quiere siempre mandar. Micheline tiene la manía de querer que siempre se haga su gusto.

Algunas regañinas.

Ligeras escaramuzas.

Negros nubarrones en el horizonte.

Esto se va a terminar en seguida.

EPÍLOGO

Han pasado cinco días desde que Dios Nuestro Señor puso a Totote en presencia de Micheline, y a Micheline en presencia de Totote.

A la hora presente, estas dos damas se están poniendo mutuamente de todos los colores. Se desean la muerte la una a la otra, y terminan a puñetazos.

—¿Conque querías robarme a mi amante?

—¡Tú eras la que querías fugarte con el mío!

—¡Mentira!

—¡Te desprecio!

—¡Te aborrezco!

—¡Eres una perfecta mula!

—¡Y tú una pareja!

¡Puml... ¡Puml... ¡Puml... Golpes, gritos, exclamaciones, palabras *non sanctas*, rizos arrancados, narices que sangran, mejillas que quedan surcadas por arañazos...

Se ha terminado.

A. G.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

Rogamos una vez más a los espontáneos que nos honran con su colaboración, tengan en cuenta las indicaciones siguientes:

Los dibujos deben remitirnos con la leyenda, nombre y dirección de su autor al pie o al dorso DEL MISMO dibujo; nunca en papeles sueltos.

Los artículos, poesías, chistes, etc., deben escribirse en cuartillas POR UNA SOLA CARA, y haciendo constar al pie de la última el nombre o pseudónimo y dirección de su autor.

NO CONTESTAREMOS a los espontáneos que no se ajusten a estas condiciones.

F. A. Madrid. — ¡Claro, hombre; no faltaba más! Ya lo hemos dicho un millar de veces. Todo lo que se publica se cobra. Así, puede usted venir un viernes, que es nuestro día de pago, de cuatro a seis, y se le satisfará la cantidad que se le tenga señalada.

Estamos preparando las tapas para la encuadernación de los dos primeros semestres de BUEN HUMOR.

Oportunamente anunciaremos la fecha en que se pondrán a la venta.

Celión. Madrid. — Lo de los pájaros que jorjean es una burrada que tiene gracia. Otras cosas, en cambio, son imperdonables:

«Decían de una mujer hermosa que era hermosota; pues a ti, que eres muy bella, he de decirte bellota.»

R. D. Madrid. — Su *Chi-ni-tas* no puede ser más inocente y pueril.

J. M. V. Madrid. — Ya se le habrá contestado en algún número anterior a éste. Si el chiste es tan conocido como el que nos envía ahora, con un cinismo espantoso, correría la misma trágica suerte.

Arturo Diardhy. — Cuando nos envíe una cosa con un poquito menos de bilis y un poco más de gracia, podremos entendernos. No le faltan a usted condiciones, y está en un sitio donde hay campo nuevo para un espíritu observador. Lo que le aconsejamos también es que mejore su criterio literario. Fuera de lo de Vargas Vila y lo de Maura, no lleva usted razón, ni mucho menos.

E. M. San Sebastián. — En vez de ofrecerse «como colaborador artístico fijo», debe usted mandarnos dibujos que tengan gracia, y hablaremos.

S. J. J. Jaén. — Con tanta jota, podría creerse que iba a ser una cosa alegre; pero

no: es perfectamente anodina y vieja. Perdone usted nuestra brusca franqueza.

Rosicler. — No hace.

Lord Byron. Madrid. — Ilustre poeta: el asunto no tiene gracia. La versificación es fácil, y promete mucho, dados los cortos años que debe usted contar...

J. N. Madrid. — Muchas gracias por su aviso... Pero ¿conque quiere usted que leamos todos los periódicos que se publican? ¡Pero, hombre!... ¿Sabe usted cuántos semanarios, solamente semanarios, ven la luz *semanalmente* en el mundo? Pues *ochocientos cuarenta y dos mil*, según la última estadística. Comprenderá usted la imposibilidad en que nos encontramos de conocer todos los *fusilamientos* con que nos obsequian continuamente nuestros activos proveedores.

Motín. — No están mal; pero tampoco están bien.

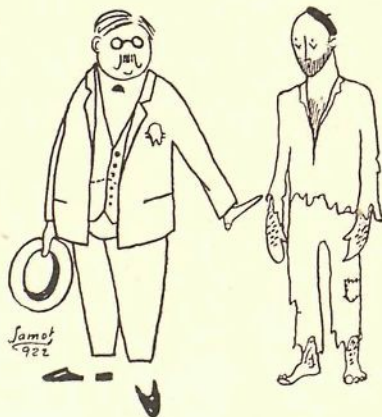
I. A. Ocaña. — V. D. V. Álava. — E. E. Valladolid. — M. R. Madrid. — F. B. Madrid. — M. C. — No sirven.

Chatarra. Bilbao. — Se publicará en color.

J. S. P. Madrid. — Están bien; pero son un poco sosos.

Rafael Martínez. — No hay señor al que se rechace un original, que no crea sus producciones mejores que muchas de las que publicamos. ¡Hay tanta gente que se ve privada de la dulce compañía de su señora abuelita!

De la alusión ofensiva con que termina usted su carta, amigo Martínez, va usted a permitirnos que no hagamos caso. Nos hacemos cargo de que es consecuencia na-



Dib. SAMOT. — Madrid.

— ¡Llevo cuatro días sin comer!...
— ¿Cuatro días sin comer?... Ande, ande jugando con el estómago, y verá lo que le pasa...

Prohibida la reproducción de los originales publicados en nuestro semanario, sin citar su procedencia.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

tural de sus desgraciadas aptitudes pictóricas.

M. D. Madrid. — J. G. S. Sevilla. — S. E. Carabanchel. — M. M. C. Jaén. — No sirven.

Ulises Mor. — Publicaremos uno; los otros, aunque están bien dibujados, son un poco tontos de asunto.

J. R. — Mijangos. — Kalamar. — Zapa. — E. F. G. Madrid. — F. de S. P. — No sirven.

Antón Pirulero. — Es usted una mula, dicho sea con todos los respetos que merecen tan simpáticos cuadrúpedos.

Luna. Barcelona. — Para las portadas mande usted el dibujo en negro, y, una vez admitido, le remitiremos una prueba para que la ilumine.

F. S. — K. Sadro. — M. G. B. Madrid. — J. A. C. Madrid. — Barrallo. — San Martín — Dueñas. — No sirven.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

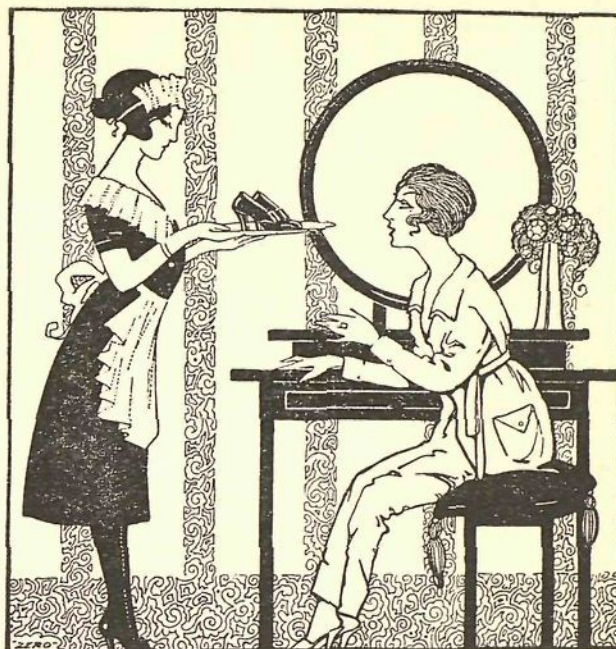
Trimestre	12,40 pesetas.
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Via, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido o con arrugas, manchas, pecas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc., a las veinticuatro horas de usarla la bendicen. Las señoras que la usan, nunca tendrán vello.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.
A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp.* — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Dib. MATEOS. — Valencia

— ¡Oh! Las famosas señoguitas toqueadogas españolas...